



Capítulo 371 - Mi Ada.

"Este lugar es demasiado tranquilo, ¿no crees?" Vergil comentó, con su voz resonando suavemente por los opulentos pasillos de Agares Manor. Caminó junto a Ada, con las manos en los bolsillos, la mirada perdida entre lujosos tapices y candelabros eternamente iluminados—pero sin nadie que los admirara.

Ada dejó escapar una ligera risa por la nariz, pero no respondió de inmediato. Ella sabía lo que él realmente quería decir.

La mansión, aunque monumental, parecía tan vacía como una tumba antigua. No por falta de riqueza, sino de presencia. Todos se habían ido para sus propios fines, dispersos por los reinos como piezas en un tablero místico.

Iridia y Zex estaban en el mundo humano, en una misión junto a Kaguya — lo más lejos posible de las sombras del Inframundo.



Katharina había desaparecido en alguna misteriosa tarea en el plano mortal, como de costumbre, sin mucha explicación. Era como un susurro en movimiento, difícil de rastrear, imposible de contener.

Mientras tanto, Zafiro viajó con el Orbe de la Emperatriz Dragón Platino. Su destino: Sephiroth, que se reunía nada menos que con la Emperatriz Dragón Escarlata — un encuentro de fuerzas tan antiguo que el tiempo mismo dudó en intervenir.

Novah, Viola, Viviane y todas las demás doncellas de alto rango estaban ausentes, movilizadas en una operación masiva: preparar los rituales, artefactos y alianzas para el inminente Walpurgis. Fue más que un acontecimiento—fue un presagio.



¿Y qué pasa con el resto?

Morgana había partido hacia el Reino de las Brujas, llevándose a Alicia con ella. Seris estaba con ellos, siempre atento, siempre calculador. Roxanne permaneció al lado de Stella por razones que escapaban incluso a la lógica infernal —que en sí misma era sospechosa.

Rafaelina permaneció encerrada en su propio aislamiento ritual, en las Cámaras de Jade y Cenizas. Allí el tiempo no fluía como en el resto del Inframundo. Se entrenó sola, sin maestros, sin testigos. Sólo sudor, silencio y la furia contenida de alguien que sabía que se acercaba la tormenta.

"Y luego estabas tú", murmuró Vergil, volviendo sus ojos hacia Ada con una media sonrisa que tenía más cansancio que encanto.

Ella se encogió de hombros, como si fuera inevitable, inevitablemente bueno. Sus manos estaban en los bolsillos de su chaqueta, sus ojos ámbar bailando entre las vidrieras demoníacas del salón principal, donde escenas de antiguas batallas estaban grabadas en vidrios de colores como si el propio infierno admirara sus cicatrices.

"Sí... pero admítelo, soy el más divertido." Ella bromeaba con esa voz ronca y provocativa. Y luego añadió, con una mirada que no preguntaba, sino que decretaba:

"Y necesitamos un tiempo a solas, ¿verdad?"

Sin previo aviso, ella lo empujó firmemente hasta que cayó sobre el amplio sofá de terciopelo púrpura —un trono temporal para reyes cansados. Ada se acostó encima de él como si reclamara territorio, con los ojos fijos en el suyo,





intenso, exigente. Sus piernas se entrelazaban con las de él familiarmente y sus brazos la rodeaban como si hubiera nacido en ese espacio.

"Necesitamos nuestro tiempo", repitió, esta vez con suavidad posesiva. Su voz era baja, prolongada, como si cada sílaba dijera 'mía'

Vergil la miró de cerca y sus ojos helados cortaban la tensión en el aire.

—Ada... —murmuró, pasando una mano por su espalda hasta que descansó sobre su firme cintura. La apretó suavemente, con un toque tierno e inquisitivo.

"¿Qué clase de posesión es ésta?" preguntó, en un tono más serio, con los ojos fijos en ella. "Me estás abrazando como si fuera a huir."

Ada no respondió de inmediato. Su mirada vaciló por un momento y luego bajó los ojos, como si le resultara difícil decirlo — especialmente para ella.

"Porque a veces parece que no te importo mucho", susurró, como si confesara un crimen o una debilidad.

El silencio que siguió no fue vacío—fue pesado, denso, vibrante.

Vergil se acercó a su rostro, sosteniéndolo suavemente, haciéndola mirarlo a los ojos nuevamente.

"No tienes idea", comenzó, con la voz firme y baja. "Cuánto te miro."

Ada lo miró ahora, sorprendida por la repentina intensidad.





"Actúas como si nadie se diera cuenta, pero yo lo veo. Veo cómo aprietas el puño izquierdo cuando estás enojado, incluso cuando sonríes. Veo cómo analizas cada nuevo entorno en menos de diez segundos antes de decidir dónde sentarte. La forma en que nunca le das la espalda por completo a nadie, ni siquiera a mí."

Dio una pequeña sonrisa, triste y orgulloso.

Sé que odias el té, pero lo bebes si alguien a quien respetas te lo ofrece. Sé que tienes miedo de estar solo, pero odias admitir que necesitas a alguien. Sé que confías en mí más que en nadie, pero aún así me pones a prueba. Constantemente."

Ada permaneció inmóvil encima de él. Su respiración fue contenida. Sus ojos estaban llorosos, pero desafiantes.

Entonces Virgilio acercó su rostro al de ella y sus bocas casi se tocaron.

"Y no es porque no te haya visto desnuda todavía", susurró con una sonrisa ronca, llena de provocación y peligrosa ternura, "que no sé todo sobre ti... mi esposa"

La última palabra cayó entre ellos como un ancla. No era sólo un título. Fue una declaración. Un sello. Una promesa silenciosa.

Mi esposa.

Ada lo miró fijamente y por un momento pareció dudar. El brillo en sus ojos no era puro deseo—era más denso que eso. Fue amor, sí. Pero también era un dolor no resuelto, cicatrices mal curadas, un anhelo que quizá nunca había sido





nombrado. Era una vulnerabilidad asfixiada por años de orgullo, capas de dureza moldeadas por la necesidad de sobrevivir. Y allí estaba él, atravesándolo todo con una sola frase.

Ella se inclinó y lo besó.

Sin prisas. Sin dudarlo.

Un beso firme, casi posesivo.

Casi un bocado. Casi una súplica de perdón.

Casi un "nunca más me dejes ir"

Virgilio la recibió con los ojos cerrados y los sentidos abiertos, como si ese gesto fuera inevitable, escrito desde el principio. Como si, por un momento, nada más importara— ni los reinos al borde del colapso, ni los dragones despertando, ni las fuerzas alineándose detrás de escena del cosmos.



Allí sólo estaba Ada.

Sólo estaba él.

Și timp—